

MANIFESTACION EN BILBO: CARGA DE LA ERTZAINITZA

▶ NUMEROSOS TRASLADOS AL HOSPITAL POR PELOTAZOS, PORRAZOS Y AGUA LANZADA A PRESION

▶ LA ERTZAINITZA NO DEJO PASAR A LA MARCHA DE LA PLAZA DE ZABALBURU Y EJECUTO EL AUTO DE GARZON



Juanan RUIZ | ARGAZKI PRESS

Uno de los abertzales trata de frenar la acometida de la Policía autonómica.

La Ertzaintza responde con decenas de heridos al grito de «Gora Euskal Herria!»

El 14 de setiembre de 2002 ha entrado en la historia triste de Euskal Herria. En eso coincidieron los portavoces de los miles y miles de abertzales que se vieron ayer tarde bajo una lluvia de pelotas de goma y agua a presión, una escena no vista en Euskal Herria desde tiempos de Franco.

Ramón SOLA

Aparecieron como los indios en las películas del Oeste, en lo alto de la cuesta que lleva a la Plaza de Zababuru. El primer ensayo de carga fue a las 17.45, cuando centenares de metros más arriba la marcha había comenzado entre salvas de aplausos. Entonces quien más quien menos pensó que no lo harían, que la Ertzaintza no cargaría contra tal multitud. Y la manifestación avanzó como un ciclón imparable, sin pancarta, sólo con una ikurriña, entre una ovación que no cesaba y con sólo un grito que se repetía: «Euskal Herria aurrera». Al llegar allí, cuatro abogados trataron de conversar con los agentes, pero la decisión estaba tomada. Al filo de las 18.00, el ataque, desconocido en la historia reciente de este país, se consumó por fin. En la primera línea encontraron a tres personas que plantaba cara totalmente desnudas a los peloteros.

«¡Fuera, fuera, vamos!». El grito lanzado por un mando

abrió la estampida. El primer porrazo fue para el letrado Kepa Landa. Un segundo después, cientos de personas estaban contra el suelo intentando refugiarse de los golpes, tapándose la cabeza para que no les alcanzasen los pelotazos o protegiendo a sus hijos y a los ancianos.

Entonces, una tanqueta se abrió paso para ofrecer una imagen que la mayoría sólo había visto en televisión: una masa de gente pocas veces vista y que no hubo tiempo de medir rociada por un líquido de un extraño color que quemaba los ojos. Pero no era la dictadura de Pinochet, ni la de Franco.

Sin embargo, entonces ocurrió otra cosa aún más grande: la multitud recuperó la posición, se echó al suelo e improvisó un «No pasarán» recuerdo de otras épocas que se creían superadas. En la primera fila de lo que era la cabeza de la manifestación, uno de los defensores de Euskal Herria sostenía bien alto una ikurriña, empapado pero en pie.

Las escenas de pánico se sucedían mientras tanto en las calles adyacentes. Cuadrillas de ertzainas embozados hasta los dientes limpiaban de gente a pelotazos las calles Fernández del Campo y General Concha. Los timbres de los portales sonaban pidiendo auxilio. Lo que allí se vivió sólo puede relatarse en primera persona: en la de los ancianos, uno de ellos en silla de ruedas, que trataban de salir del epicentro de la furia policial, en la del hombre presa del terror que proponía romper el cristal de un portal para protegerse, o en la de la madre que calmaba a su pequeño de siete años que había vo-

mitado por el efecto de los extraños gases policiales.

El ex *mahaikide* José Luis Elkorro entraba en un bar ayudado

por otro veterano militante independentista, Pablo Gorostiaga, alcalde de Laudio. Luego relató que sintió que perdía el ojo por ese agua gaseada que era una pequeña tortura. Las primeras filas de la calle Autonomía eran un paisaje lleno de ojos rojos, muchos por efecto de los gases, y

muchos también debido al llanto y la rabia.

Quienes trataron de encontrar respuesta interpelando a los encapuchados, sólo recibieron más golpes como explica-

“
Ancianos,
algunos de ellos
en sillas de
rueda, y niños se
vieron atrapados
de imprevisto
”